

RECORDANDO A DOMÍNGUEZ ORTIZ

Remembering Domínguez Ortiz

Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ

Real Academia de la Historia

Es muy grato recordar al Profesor Antonio Domínguez Ortiz. Es muy grato y al mismo tiempo muy emotivo, porque es evocar no sólo al historiador eminente sino también al hombre comprensivo y bondadoso.

Fue un maestro de historiadores, un gran profesor al más alto nivel, aunque jamás lograra la cátedra de Historia Moderna universitaria, pese a haber hecho las oportunas Oposiciones; una paradoja que dice poco de los Tribunales que le juzgaron, formados en su mayoría por personas que no estaban a la altura del que juzgaban.

En cambio, sí que vio reconocidos sus méritos en otros ámbitos, tanto a la hora de ser investido como Doctor Honoris Causa por diversas Universidades, como al ser elegido académico de número de la Real Academia de la Historia y al recibir algunos de los Premios más prestigiosos de España, como el de *Príncipe de Asturias* en una de sus primeras ediciones.

En muchos sentidos, fue un verdadero pionero en su profesión. Así le vemos a mediados del siglo pasado dedicado a la historia social de España, cuando lo que entonces privaba era la mera historia política, como si únicamente importara recordar a los grandes personajes, con sus gestas y sus batallas, a veces más bien batallitas, y nada sobre lo que acontecía al hombre de la calle, o a la mujer en su casa. Frente a la historiografía triunfalista, que tanto privaba en la España de los años cuarenta, Domínguez Ortiz prefirió estudiar al hombre sencillo en su quehacer cotidiano. Lo hizo con entusiasmo y con verdadera entrega, metido de lleno en los archivos y leyendo y relejendo las viejas crónicas de los siglos XVII y XVIII. Y así surgieron obras como *La sociedad española en el siglo XVII* (Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1970, 2 vols.) y *La sociedad española en el siglo XVIII* (Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1955). Y en su ancianidad nos daría el regalo de un espléndido ensayo, que se convertiría en uno de los libros más vendidos un año antes de su muerte: *España*.

Tres milenios de Historia (Madrid, 2001), una verdadera obra maestra sobre la indestructible imagen histórica de España a través de siglos y de milenios.

Me he referido a su interés por la historia social, pero habría que añadir que no descuidó los otros aspectos de la historiografía, y si no para investigar directamente en los archivos, sí para saber dar una buena síntesis, en especial en la época de la Edad Moderna, que era la que dominaba; de ahí que cuando Miguel Artola dirigió en la década de los sesenta una *Historia de España*, en la que quiso asistirse de los mejores especialistas en cada una de las grandes etapas de nuestro pasado, acudiera precisamente a Domínguez Ortiz para que llevara a cabo la visión de la España de los Reyes Católicos y de la Casa de Austria. Y Domínguez Ortiz respondió al reto realizando un espléndido estudio de aquellos reinados, que venían a ser los de la España imperial.

Yo quisiera añadir algo más, porque fui testigo de ello y porque conocí personalmente a Domínguez Ortiz, si no con trato habitual y frecuente, si manteniendo siempre con él una buena relación y una cordial amistad. Y diré que no estamos ante la figura de un triunfador, arrogante y soberbio. Estamos ante un hombre sencillo, que sabía escuchar, cosa tan rara, en especial en los que se creen importantes. Quizás por ello despertaba tanta simpatía y tanto afecto. Se puede decir que todos los que le conocían empezaban admirándole y acababan queriéndole.

Yo fui testigo de ello, repito, y es algo sobre lo que quiero insistir. Fui testigo en una ocasión memorable, cuando se trataba de rendirle homenaje, como lo hizo en Madrid el Consejo Superior de Investigaciones Científicas con motivo de su jubilación, creo recordar que hacia 1979.

Ese tipo de homenaje siempre es algo emotivo, bueno para el recuerdo, aunque con frecuencia siguiendo una especie de rito que le quita personalidad. No sería el caso del dedicado a Domínguez Ortiz, pues algo le iba a dar un tono especial: la presencia de un grupo de jóvenes norteamericanas, llenas de entusiasmo hacia su maestro, un grupo de las alumnas que había tenido en sus cursos de extranjeros, que no cesaban de aclamarle y de aplaudirle. Y don Antonio, feliz entre ellas, no dejaba de sonreír, con aquel talante suyo de sabio bondadoso.

Porque eso sí que lo fue: un auténtico sabio lleno de bondad, abierto a todos los que íbamos a verle, para resolver cualquier duda, para conversar con él, para verle y escucharle; en suma, para aprender de aquella personalidad inconfundible.

Porque Antonio Domínguez Ortiz fue, sin duda, uno de los historiadores más notables que tuvo la España del siglo XX.

Manuel Fernández Álvarez